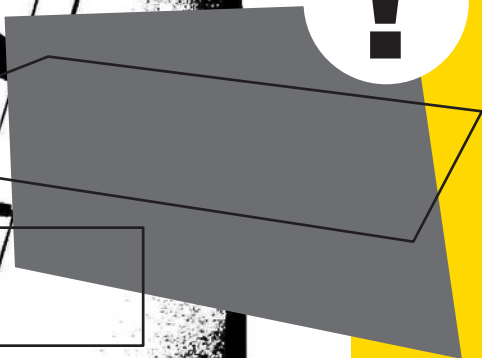
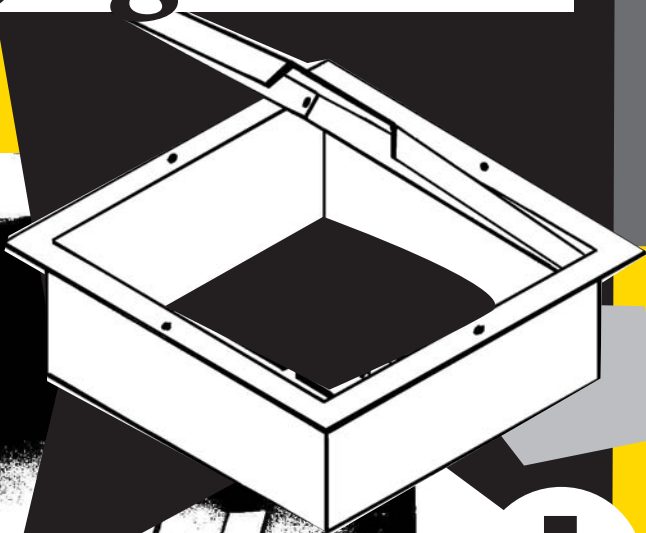




Jugársela



2



www.ugt.cat

Jugársela

Edición: Secretaria de Política Sindical - Salut Laboral
UGT Catalunya

Redacción, diseño y corrección: l'Apòstrof, sccl

Impresión: Artyplan

Depósito legal: B-25.254-2009

A las nueve y cuarto de la mañana, Tomás y su compañero de trabajo, Jesús, llegan a una planta depuradora con la furgoneta de la empresa, una Ford Transit blanca de más de quince años. Durante el trayecto, bromean por la lentitud del vehículo, que pierde mucha velocidad en las subidas, y comentan que con la política de ahorro que reina en la empresa les regalarán un patinete por no cambiarles de vehículo.

—Mejor que se gasten el dinero en nosotros que en furgonetas. Como nos echen, ya verás como nos reiremos.

—Prefiero ir a trabajar en patines a que nos echen.

Hace años que Tomás y Jesús trabajan juntos, se tienen confianza y bromean con todo. Hoy están de muy buen humor, porque es viernes y por la tarde no trabajan. Además, ambos están solteros y tienen planes para el fin de semana.

La depuradora donde hoy tienen que trabajar la conocen bastante bien. La empresa, subcontratada por la depuradora, los ha enviado allí varias veces a cumplir tareas de limpieza y mantenimiento. Hoy van para reparar el colector, que tiene una grieta que provoca un escape. En pocas horas habrán terminado.

Salen de la furgoneta y, antes de recoger los equipos, hacen el tradicional lanzamiento de moneda al aire. Si sale cara, Tomás bajará al pozo y Jesús se quedará afuera, vigilándolo y ayudándolo. Ellos lo llaman hacer de pinche. Si sale cruz, será al revés. Jesús está muy bromista, porque últimamente la suerte le acompaña. Saben que el trabajo duro lo realiza quien está dentro.

—Mira, mira la moneda... ¿Ves? Tiene una cara y una cruz. Después no me digas que está trucada...

—Venga, ¡tira y calla!

—¿Estás seguro de que no la quieres tirar tú?

—¡Venga, joder!

Jesús lanza la moneda muy arriba. La moneda no para de dar vueltas. Cuando cae en su mano, Jesús le da la vuelta a la muñeca y pide a su compañero que escoja.

—¿Así o así?

—¡Así, pesado!

Sale cara. Jesús sonríe. Bajará Tomás.

El trabajo que tienen que hacer no es difícil, pero sí desagradable, porque el agujero donde Tomás deberá introducirse apesta. Hace unas semanas, en un control rutinario de la depuradora, un técnico detectó un escape en el colector que estaba originando un pequeño bache en la carretera que pasa por encima. Algunos conductores ya se habían quejado en el Ayuntamiento. Según el informe del técnico, una junta del colector se ha separado, lo que provoca filtraciones de agua que ablandan el terreno de la autovía. El trabajo de Tomás consistirá en repicar el hormigón envejecido, que ya ha perdido adherencia, llegar hasta la parte sana y recubrir la zona con mortero de reparación.

El terreno que ocupa la depuradora es inmenso. La primera vez que Tomás y Jesús la visitaron, se perdieron. Entonces, bautizaron la depuradora con el nombre de la *mega*. Con el tiempo, han deformado la expresión, y hay días en los que también la llaman la *meca*, porque, según aseguran, es la catedral de las depuradoras. Hace años que la depuradora funciona y no se han producido



demasiadas averías, solamente las habituales en una obra de estas dimensiones.

A medida que avanzan por las instalaciones, el ambiente se va haciendo más pestilente. Jesús no para de recordar a su amigo que tiene chiripa, que esta es la tercera vez seguida que la suerte está con él y que le toca quedarse afuera en vez de entrar a la alcantarilla. Tomás aguanta estoicamente las bromas de Jesús sin rechistar, pero lo mira de reojo, con ganas de soltar algún improprio.

—Ya ves, la suerte me acompaña, amigo.

—No seas fanfarrón, Jesús. Sólo tienes suerte en

esto. En otras cosas, tus éxitos son más bien modestos.

Observan los letreros de este espacio inhóspito. Son triángulos de color amarillo que les advierten de todo tipo de peligros: peligro de atmósfera suboxigenada, peligro de atmósfera asfixiante, peligro de atmósfera tóxica, peligro de atmósfera sobreoxigenada, peligro de atmósfera inflamable, peligro de atmósfera explosiva... En el interior de cada uno de los triángulos, se ven dibujos con llamas, calaveras, signos de admiración, explosiones e incluso una persona desmayada. Siempre se cachondean de estos dibujos.

—Aquí todo es un peligro. ¡Cuidado, no andes ni hables, que puede ser peligroso!

—Encargaré un triángulo donde ponga “Peligro, tramposo a la vista”, y que se vea a alguien como tú que lanza una moneda al aire.

—No sabes perder, Tomás, no sabes perder...

Jesús y Tomás llegan a unos barracones donde dejan el equipaje. Tomás se cambia de ropa. Se encuentran a Luis, técnicamente denominado recurso preventivo, que es el encargado de velar por la seguridad y la salud de los trabajadores. Luis les saluda efusivamente. Lo conocen de otras veces que han realizado tareas de mantenimiento. La primera vez que lo vieron, Luis les explicó, con ademán serio, el procedimiento que debían seguir para evitar riesgos. Hoy no lo hace, porque sabe de sobras que los trabajadores conocen las medidas que deben tomar para evitar cualquier accidente.

—¿Qué tal, chicos?

—Pues muy bien.

—¿A quién le toca bajar hoy?

—A Tomás.

—¡Qué morro tienes, Jesús! Siempre le toca a Tomás.

Los tres ríen. Luis les explica que a las diez ya podrán empezar. A esa hora, está previsto que desvíen el tráfico de la carretera que pasa sobre el colector, para que los operarios puedan acceder sin problemas al pozo de entrada donde se encuentra el escape.

Cuando Jesús y Tomás están listos, Luis les acompaña al punto de acceso del colector. Lo primero que hacen es abrir la tapa del agujero, para que se ventile. No usan ningún aparato de ventilación mecánico, porque lo han olvidado en la furgoneta y ahora ninguno de los dos quiere volver. Además, el diámetro del agujero es suficientemente ancho —mide casi dos metros— y puede ventilarse bien de forma natural. Miran el reloj. Todavía faltan veinte minutos para las diez, tiempo suficiente para asegurar una ventilación óptima.

Luis rellena la autorización de trabajo mientras les pregunta si tienen planes para el fin de semana. Él también está soltero y siempre que los ve les habla de los locales que ha frecuentado últimamente. Hoy les comenta, con cara burlona, que desde hace unos meses es asiduo a un bar del Poblenou donde los fines de semana tocan música en directo.

—Como me tienen muy visto, tengo un trato favorable de las camareras.

—¡Eres un golfo!

—A ver si os pasáis un día de estos y tomamos unas cervezas.

Mientras hablan de lugares nocturnos, Luis observa la tapa del pozo abierta.

—¿No lleváis el equipo de extracción?

—Está en la furgoneta. Si hace falta, vamos a buscarlo, pero vaya, con que se ventile un rato será suficiente.

—Cómo se nota que es viernes y que tenéis ganas de acabar... De acuerdo, cuando esto esté bien ventilado podéis bajar.

Luis acaba de rellenar de forma mecánica el permiso de trabajo y se lo entrega a Jesús. En principio, la autorización debe describir de forma detallada el tipo de incidencia que tienen que solucionar los operarios, el tiempo aproximado que necesitarán para resolverla, los posibles peligros de la instalación, las medidas preventivas que se han tomado y las herramientas que tienen que utilizar los trabajadores, pero Luis no tarda ni un minuto en llenarla y firmarla.

—Sólo estaré un rato con vosotros. Anteayer, se detectó un problema con el espesador de lodos y ahora viene una brigada a repararlo. Es la primera vez que vienen, y tendré que estar muy atento. Volveré aquí antes de que terminéis. Cualquier cosa me llamáis, ¿eh?

—Tú tranquilo. Ya sabes que no somos novatos.

—Calculo que en tres horas habréis terminado. Me pasaré hacia la una.

—Hasta luego.

Tomás y Luis cogen los medidores y comprueban el nivel de oxígeno del colector. 20,4%, perfecto. Miden también otros gases contaminantes: el ácido sulfhídrico marca 22 ppm (partes por millón) y el metano, 0,9 ppm. Todo está correcto.



Consultan el reloj. Son las diez y cinco. Jesús monta el trípode con el sistema anticaídas. Tomás se coloca el calzado con las protecciones, el arnés, se ata la cuerda de seguridad, se ajusta el frontal y, finalmente, los guantes y la mascarilla.

—Cuando quieras, Jesús.

—¿No tendrías que llevar el equipo de respiración autónomo?

—Tampoco huele tan mal. Con la mascarilla es suficiente. Además, los niveles están bien. Y si el otro día bajó un técnico a hacer el diagnóstico del escape, no lleva tanto tiempo cerrado.

—Pues adelante.

Tomás empieza a descender lentamente por los escalones que están empotrados en la pared. Coloquialmente se llaman *pates*. La junta que debe reparar se encuentra a dos metros y medio de la superficie. A medida que va bajando, va percibiendo el hedor típico de huevos podridos. Es un olor repugnante. Tomás siempre ha pensado que su equipo de seguridad debería incluir un ambientador.

Mientras tanto, arriba, Jesús prepara el mortero y habla continuamente con su amigo.

—¿Qué, cómo va? ¿Me oyes?

—Sí, te oigo. Aquí todo bien.

Siempre, siempre, siempre que le toca meterse en uno de esos agujeros, Tomás recuerda la misma anécdota: el día antes de que empezara a trabajar, su madre se presentó en su casa con una jaula y un canario. “Es para que lo lleves contigo al trabajo”, le dijo. Y, acto seguido, le explicó que su abuelo, que era minero, bajaba a la mina con un canario.

“Estos animales son muy útiles, hijo, son un gran sistema de alarma”, especificó la mujer el día que fue a ver a Tomás con la jaula y el canario. Y tenía razón, la madre: el canario es un gran avisador. Y no porque el animal silbe o agite nerviosamente las alas cuando detecta peligro, sino porque los gases tóxicos matan al pájaro antes que al hombre.

Tomás no se atrevió a contradecir a su madre. Su cara era de preocupación. Además, conociéndola, se habría pasado la última semana enganchada a internet recopilando casos de accidentes laborales. Por ese motivo, el día antes de que empezara a trabajar de técnico de mantenimiento de pozos, alcantarillas, túneles y depuradoras, Tomás escuchó a su madre, miró al canario confinado dentro de la jaula y cambió de tema para quitarle importancia al asunto de los accidentes.

—¿Y se puede saber cómo se llama este pájaro?
—El nombre es cosa tuya.

Tomás se fijó en la agenda de sobremesa. Señalaba el 3 de febrero.

—Se llamará Blas.

Siempre, siempre, siempre, pues, que Tomás tiene que introducirse dentro de un espacio reducido, oscuro y a menudo pestilente, como este colector, piensa que Blas le acompaña. Y ríe al imaginarse la cara que pondría Jesús si le viese bajar con el canario en el hombro.

Han pasado casi cuatro años desde el día en que su madre apareció con Blas y, aunque en casa

apenas presta atención al pájaro, cuando trabaja lo tiene muy presente. A menudo, Tomás habla sólo y, cuando lo hace, es como si se dirigiera a Blas: “¿Qué, Blas, ya es hora de volver, eh?”, “¿Qué peste hay aquí, ¿verdad, Blas?”. Cuando alguien que le oye le pregunta que con quién habla, él siempre responde que con su socio.

Tomás llega al punto del escape y avisa a su amigo.

—¡Aquí está!

—Muy bien. Empieza a picar el hormigón. ¡Cuando termines, te bajo el mortero!

Tomás canturrea mientras pica, con un martillo y una escarpa, la junta que se ha estropeado.

—¡Este hormigón se desmenuza fácilmente! Parece un polvorón. Tendré que picar bastante.

—Me sabe mal que lo tengas que hacer solo. ¡Si quieres, nos turnamos y bajo de aquí un rato!

“Ahora el señor tiene mala conciencia, eh, Blas.”

—No importa. Ahora que he empezado, ya lo acabo yo.

Jesús vuelve a medir el nivel de oxígeno y el de otras sustancias. Apenas han variado desde la última vez.

—Jesús, creo que ya he terminado. ¡Necesito el mortero!

Jesús, con una cuerda, baja un canasto con el mortero preparado.

—¿Tienes las herramientas?

—Sí, lo tengo todo.

Una vez tiene el mortero, Tomás empieza a reparar la junta. El hedor es cada vez más intenso, y el operario se coloca bien la mascarilla.

“Ya verás, Blas, esto lo terminamos enseguida.”

—¿Va todo bien, Tomás?

—Sí, sí, ningún problema. El agujero es más grande de lo que creía y me tendré que estar un buen rato.

Jesús enfoca con una linterna a Tomás y observa que está trabajando animosamente. También le oye hablar solo.

—¿Qué, ya estás hablando con tu socio?

—No sabes lo que te estás perdiendo, Jesús. Esta junta que estoy arreglando es preciosa. Y el olor... no te lo puedes ni imaginar... Es mejor que mi desodorante. ¿Qué, tienes envidia?

—¡No veas! Oye, voy un momento al barracón, que me estoy meando. ¿Te subo o sigues con el mortero?

—Ve, ve. Yo me quedo. Va todo bien.

—En tres minutos estoy aquí.

Mientras Jesús va al baño, Tomás se siente muy acalorado. Le apetece quitarse la mascarilla, pero allí dentro apesta.

“Blas, si te desmayas avísame y te subo.”

Tomás va tapando el agujero cada vez más lentamente. Nota que le sudan las manos y que se marea. También le pican los ojos y la garganta. Tose. Antes nunca había sentido esas molestias. De todas formas, respira hondo y continúa. Ahora se arrepiente de no llevar el equipo de respiración autónomo. Siempre da pereza, porque la bombona pesa bastante, pero esta vez lo tendría que haber hecho. Además, ahora que lo piensa, tampoco ha

cambiado el filtro de la mascarilla que lleva. Cuando vuelva Jesús, le dirá que le suba.

Cuando sale del baño, Jesús se encuentra con unos conocidos en el barracón. Hacen el mismo trabajo que él, pero trabajan en otra empresa. Ahora hacía meses que no coincidían. Aunque está trabajando, Jesús se para un par de minutos a conversar con ellos. Jorge, el más veterano, le comenta que ha sido padre. Jesús le felicita.

—Hablamos otro rato que Tomás está allá abajo.
—Ve, ve.

Camino del colector, Jesús mira el reloj y se da cuenta de que se ha entretenido más de lo debido. Se siente mal. Solamente han transcurrido cinco minutos desde que le ha dicho a Tomás que se iba, pero a él no le gustaría que le dejaran solo dentro de un agujero como aquel. Tomás es un buenazo y no se enfadará, pero otro sí que se molestaría. Y con razón. Se apresura hasta llegar al agujero.

—Tomás, ¿cómo va eso?
Silencio. Lo vuelve a intentar.
—¡Eh, Tomás! ¿Estás bien?

Ni una mosca. Jesús se intranquiliza. Con los medidores de gases, se da cuenta de que el nivel de oxígeno ha bajado hasta el 17% y que ha aumentado la concentración de ácido sulfhídrico. Se pone muy nervioso. De pronto, olvida lo que debe hacer. No sabe si avisar a Luis, a una ambulancia o llamar a la empresa. Marca el 112. Le dicen que en pocos minutos llegará una dotación de bomberos y una ambulancia. Le subrayan que, si hay riesgo de explosión, debe salir de allí. Pero



no hay riesgo, y Jesús no quiere abandonar a su amigo. Cierra los ojos cinco segundos e intenta calmarse. Cuando los abre, observa el trípode y, justo allí, el dispositivo para que pueda subir a Tomás. Ahora recuerda que su amigo va atado y lleva arnés. Solo hay que girar la manivela para subirlo. Lo intenta, pero no puede. Es como si hubiera un obstáculo. Resignado, tira de la cuerda para recoger el canasto con el mortero. Está medio lleno. O medio vacío. Tomás no ha podido terminar el trabajo. Jesús llama a su amigo. Es en vano.

—¡Tranquilo, Tomás, te sacaremos de aquí!

No hay respuesta.

—Tomás, ¡lo siento...! ¡No me tenía que haber ido!

Silencio sepulcral.

Mientras espera a la ambulancia y a los bomberos, llama a Luis.

—Luis, no sé qué ha pasado, pero Tomás no me responde. He llamado a Emergencias.

—¡Mierda, no me tenía que haber ido! Voy enseguida.

—Soy imbécil, Luis. Mientras Tomás trabajaba, me he ido al baño y, cuando he vuelto, ya no me respondía.

—No podemos hacer nada, ahora. Lo más importante es que los bomberos lleguen enseguida y le saquen. Esperemos que no pase nada.

El verbo que ha usado Luis, “esperemos”, todavía lo angustia más. Jesús está tan nervioso que fumaría un cartón de tabaco entero, pero en estas instalaciones está prohibido. Se mete las manos en los bolsillos y palpa el euro que antes ha servido para decidir quien de los dos bajaba. Ahora se siente responsable por no haber bajado él. Piensa que lo de lanzar la

moneda al aire no lo volverá a hacer. Cree que lo más justo es que cada vez baje uno. Desde que se andan con el juego de la moneda, a Tomás le ha tocado bajar muchas más veces que a él.

De repente, le vienen a la cabeza pensamientos desastrosos. ¿Y si Tomás muere? No sería el primer caso. No hace ni dos años, murieron en Álava dos trabajadores mientras realizaban tareas como las de Jesús y Tomás. Se acuerda perfectamente, porque se armó mucho revuelo en la empresa. Un operario estaba dentro de un depósito de lodos intentando poner en marcha una bomba y se mareó inhalando gases tóxicos. Otro operario, al ver que tenía problemas, bajó a ayudarlo, pero fue inútil: también perdió el conocimiento y se desmayó. Entonces, dos trabajadores más quisieron acceder al depósito para socorrer a los compañeros. Sólo uno de los cuatro consiguió salir por su propio pie; los otros tuvieron que ser rescatados por los bomberos. De los tres heridos, dos fallecieron. En el informe que se hizo público al cabo de unas semanas, se determinó que las instalaciones no contaban con los medios de evacuación y de emergencia adecuados.

Jesús se imagina a Tomás muerto y la angustia se apodera de él. ¿Cómo ha podido ser tan estúpido de abandonar su lugar de trabajo mientras Tomás estaba allá dentro? ¿Qué le dirá a su madre cuando la tenga delante para darle el pésame? Jesús, que está muy alterado, piensa que quizás ni él ni Tomás se toman el trabajo suficientemente en serio. El juego que se llevan con las monedas, por ejemplo, no lo tendrían que hacer. Quizás Tomás hoy ha pasado una mala noche y no se encontraba bien para bajar... No ha tenido la delicadeza de preguntárselo. Se siente culpable de todo.

El sonido de las sirenas de los bomberos y la ambulancia hace que aparque por unos minutos los pensamientos trágicos. Los bomberos bajan corriendo y preguntan a Jesús si ha sido él quien ha llamado. Quieren saber lo que ha pasado y el tiempo que hace que su compañero está dentro. En ese momento, llega Luis, que escucha con atención las explicaciones de Jesús.

—He ido al baño y, al volver, mi compañero no me respondía. De esto no hace ni diez minutos.

—¿Has comprobado el nivel de oxígeno?

—Hace cinco minutos era del 17%.

Luis lo mira con cara de circunstancias. Sabe que con ese índice cualquier persona puede perder el conocimiento.

—¿Lleva equipo de respiración autónomo?

—Sólo lleva una mascarilla.

Ahora Jesús se acuerda de que las mascarillas no protegen contra la deficiencia de oxígeno y que lo único que hacen es filtrar el aire que se respira para retener las impurezas. Además, sólo son adecuadas en atmósferas con concentraciones moderadas de contaminantes. Ahora mismo, nadie está seguro de que los niveles de toxicidad sean sólo moderados. En cambio, si hubiera llevado un equipo de respiración, Tomás podría haber respirado sin problemas, independientemente de la atmósfera que hubiera, y se hubiera protegido de una hipotética deficiencia de oxígeno o de concentraciones elevadas de contaminantes. Es una lástima que Jesús recuerde ahora todo esto y dos horas antes estuviera pensando en las musarañas.

Tres bomberos bajan al instante equipados con bombonas de oxígeno. Mientras tanto, la ambulancia prepara una camilla y una mascarilla de reanimación. Un bombero que se ha quedado arriba se acerca a Jesús y Luis.

—¿Qué otros gases puede haber ahí dentro?

—Ácido sulfhídrico y metano.

—¡Uf!

Jesús y Luis aprovechan el compás de espera hasta que saquen a Tomás para medir los niveles de concentración de estos gases. Los resultados no son muy buenos: el metano llega a 3,9 y el ácido sulfhídrico ha subido hasta 41 ppm, una cifra bastante peligrosa para la salud, porque, además de causar malestar agudo para quien lo inhala, puede provocar también la muerte.

—Como Tomás no se recupere, te juro que dejo el trabajo y lo dejo todo.

—No ha sido solo culpa tuya. Yo también soy responsable. En teoría, tengo que estar con vosotros mientras trabajáis.

La conversación se interrumpe en el momento en que uno de los bomberos sale del agujero.

—¡Una camilla, rápido!

Dos bomberos más evacúan el cuerpo de Tomás. Al salir, se da un golpe en la cabeza con la tapa de entrada. Un bombero mira a Luis con cara de incrédulo.

—¿No debería llevar casco este hombre?

Luis reacciona:

—¡Mierda, el casco! ¡No sé por qué no nos lo hemos puesto!



Tomás está inconsciente. Los de la ambulancia le aplican oxígeno puro y, poco a poco, va recuperando la conciencia. Mientras tanto, los bomberos miden con sus aparatos los niveles de los gases.

—Creemos que se ha intoxicado con gas de alcantarilla.

El diagnóstico se confirma más tarde en el hospital. Tomás se encuentra en una camilla de un box de urgencias donde deberá permanecer hasta el día siguiente. Jesús está a su lado.

—Toma, esto es para ti.

Le entrega la moneda de euro que han utilizado antes para decidir quien bajaba.

—Muchas gracias, generoso.

—Me sabe muy mal, Tomás. Me siento muy culpable.

—Otro día, ponte unos pañales y así no me dejarás tirado cuando vayas a mear.

—Lo lamento mucho, en serio.

—Estoy bromeando, hombre.

—Ya lo sé, pero es que te podrías haber muerto. Cuando lo pienso... No nos tendríamos que tomar el trabajo tan a la ligera.

—Yo siempre me lo tomo muy en serio.

—Venga, Tomás, que tú eres tan perezoso como yo. Que esto no habría pasado si hubieras llevado un equipo de respiración autónomo. Que a los dos nos daba pereza volver a la furgoneta...

—...

—¿Y qué me dices del casco? Mira que olvidarnos del casco...

—Sí, sí... Esto no tiene que volver a ocurrir. ¿Qué hacemos, ahora?

—Tú esta noche te quedas aquí. Mañana te llevo a casa y me aseguraré de que no te mueves de allí hasta el lunes. Y yo me tomaré una tila.

Al día siguiente, Tomás es dado de alta y Jesús lo acompaña a casa. Al abrir la puerta, oye a Blas. El animal siempre pía de alegría cuando lo ve. Hoy, excepcionalmente, Tomás se acerca para saludarlo. Nunca hubiera imaginado que echaría de menos a ese animal que no pesa ni 150 gramos. Se asegura de que todas las ventanas del piso están cerradas y abre la jaula. Blas no se atreve a salir.

—Basta ya de espacios confinados. ¡Vuela, Blas, vuela!

Se sienta en el sillón y lo mira. Justo en ese momento, le sobreviene el susto del accidente. Se mete la mano en el bolsillo y manosea el euro de su amigo. Lo lanza al aire. Sale cara.





Financiado por:

Secretaria de Política Sindical - Salut Laboral
Rambla de Santa Mònica 10, 08002 Barcelona
Tel. 93 304 68 32
otprl@catalunya.ugt.org
www.ugt.cat

